

INTRODUCCION

La prehistoria de las islas Baleares, tan rica y fascinante en sus manifestaciones, tan enigmática y singular en sus problemas, tan constreñida en sus límites geográficos y tan indefinida en su cronología, con haber sido acariciada muchas veces por aficionados y especialistas así nacionales como extranjeros, nunca ha llegado a ser tratada con la profundidad y amplitud que merecía. Sin embargo, fueron varios los arqueólogos, principalmente extranjeros, que ya desde finales del siglo pasado intentaron sistematizarla; pero sus obras, hijas de una investigación superficial que arrancaba de observaciones hechas precipitadamente con motivo de breves estancias en Mallorca, seguidas de rápidas visitas a los lugares de los monumentos y a las colecciones de los anticuarios, no acertaron a desarrollar más que una serie de teorías, las más de las veces subjetivas, poco sólidas y nada convincentes. Por el contrario, cuando a partir de 1916 las campañas de excavación, emprendidas en buena hora bajo los auspicios del Institut d'Estudis Catalans, obtuvieron un éxito rotundo al poder ofrecer al mundo científico las líneas generales de la prehistoria insular fundadas en los datos de objetividad que proporciona toda sabia prospección arqueológica, entonces por el sino de los tiempos faltó la monografía ejemplar y el estudio amplio, razonado y comparativo. Bien es verdad que aquella deficiencia de los años 20 pudo en parte quedar subsanada por los toques de atención que se dejaron oír en varios congresos y que se repitieron en las diversas publicaciones de Bosch Gimpera, Martínez Santa Olalla, Colominas y Serra Ràfols; pero es lo cierto que la prehistoria balear exigía algo más que breves alusiones y referencias de paso o resúmenes esquemáticos. Personalmente recordamos cuántas veces el rubor turbó nuestro rostro cuando alguien nos preguntaba con interés por la bibliografía científica.

Sea lo que fuere de las responsabilidades del pasado, hoy por hoy la prehistoria balear se va superando en muchos aspectos y está avanzando hacia conquistas bien tangibles y firmes. Parte del esquema primitivo esbozado por la escuela de Barcelona es válido todavía, pero algo se ha rectificado y algo se ha perfilado con mucha mayor claridad. Seguimos aceptando la división de nuestra prehistoria en dos periodos: el primero, encallado a lo largo de toda la Edad del Bronce mediterráneo occidental, está representado por una cultura de estilo megalítico que organiza su vida y su reposo tumbal en forma colectiva en las cuevas naturales que encuentra y en las artificiales que excava; descartamos, empero, de ella buena parte de los paralelismos argáricos que se presuponían y rechazamos la intensidad de las influencias sardas que sin consideración se propalaron; afirmamos, por contra, un origen remoto oriental, poco definido, y propugnamos la existencia de un florecimiento y desarrollo interior particular, muy provinciano, poco permeabilizado por las corrientes exteriores. El otro periodo, llamado talaiótico, atisbado en sus comienzos como producto del final del bronce, tiene su pleno desenvolvimiento a principios de la Edad del Hierro y perdura hasta la colonización romana. En relación con él vamos conociendo mucho mejor que antes sus diversas fases evolutivas, podemos señalar distintos cambios en su rito funerario, alcanzamos a distinguir sus variados tipos de construcción y empezamos a vislumbrar un panorama de posibles relaciones comerciales y políticas con los pueblos circunvecinos.

Toda esa problemática fundamental a medio desbrozar que en torno a cada uno de dichos periodos se ha ido desvelando, lenta e inconexamente, en lo que va desde la segunda mitad de siglo, gracias a la labor de investigación de colegas amigos, como

L. Amorós, B. Ensenyat, Mascaró Pasarius, Font Obrador, Rosselló Bordoy, G. Lilliu y M. Tarradell, está pidiendo a voces el ensayo de un trabajo complejo que deje ver ya de una manera objetiva y lógica las líneas más salientes de la complicada trama de nuestro pasado prehistórico. La tarea es aún de sí enormemente fatigosa y ardua y, de momento, no creemos que pueda llevarse a cabo con garantías de éxito si no es procediendo por tanteos y en síntesis parciales.

Nosotros, al trazar el programa de lo que debía ser nuestra tesis doctoral, que hoy tenemos la satisfacción de presentar, intentábamos hacer algo de esto: dar razón de una parte, la más antigua, de nuestra prehistoria insular. Las páginas que siguen son el resultado de aquel empeño. Con todo, a pesar de querer englobar en nuestro abrazo todo el primer periodo, reconocemos que no es el nuestro un trabajo definitivo. No puede serlo porque no ha llegado la hora. Son todavía muchos los documentos que yacen archivados en las ruinas de los monumentos y necrópolis de nuestro suelo que no han salido a luz y muchas las incógnitas que están totalmente por resolver: representa, empero, un laborioso esfuerzo llevado a término con verdadero entusiasmo y con la mejor voluntad de nuestra juventud. Lo hemos titulado: La cultura de las cuevas de la primera Edad del Bronce en Mallorca.

Este título, a primera vista tan simple, ha surgido como fruto de larga reflexión y de no pocas consultas y discusiones. Hubiéramos podido llamarlo también algo así como Cultura pretalaiótica de Mallorca, utilizando para ello un término que ha hecho fortuna y que se está imponiendo entre los estudiosos insulares; pero a nosotros nos pareció mejor y más exacto, por ajustarse más a la realidad, adoptar la nomenclatura de cultura de las cuevas y no el de cultura pretalaiótica. Porque la palabra talaiot, que en un principio fue inventada para significar concretamente las torres monumentales de los poblados prehistóricos de Mallorca y Menorca, poco a poco ha ido perdiendo su carácter específico para adquirir un valor más genérico, y en la actualidad ya se ve aplicado a toda construcción prehistórica de mampostería en seco, máxime de carácter ciclópeo, existente en ambas is-

las, prescindiendo de su época: así, lo mismo se refiere a la torre circular o rectangular que flanquea una muralla, que al cono o pirámide truncada macizos, de significación imprecisa, atravesado por un angosto corredor; indistintamente sirve tanto para determinar una simple estancia aislada, como el conjunto de un poblado con sus diferentes tipos de habitación, y de igual manera puede señalar una edificación de aparejo irregular y pequeño, que otra de aparejo grande, trabajado y más o menos escuadrado. Esto así, cabe añadir que para la inmensa mayoría de construcciones talaióticas que hoy tenemos registradas, desconocemos absolutamente su fecha inicial. Por consiguiente, no tenemos asidero alguno para poder llamar pretalaiótica a la cultura que labra y entierra en las cuevas de la primera Edad del Bronce. Por lo demás, ¿dónde vivió la población que construyó tantas necrópolis, como la de Son Sunyer, por ejemplo: la de Son Toni Amer, la de Sa Mola, de So N'Hereu, etc.? Por añadidura, no pocas veces en las proximidades de las mismas cuevas artificiales aparecen construcciones llamadas talaióticas. Preferimos, por tanto, hablar de cultura de las cuevas, no por ser éstas un elemento exclusivo, sino por ser el rasgo más destacado y característico de todo el primer periodo de la prehistoria balear.

Al indicar que nuestro trabajo pretende responder a la necesidad de una visión de conjunto del primer milenio de prehistoria mallorquina, no se crea que es un simple producto de laboratorio, conseguido en el remanso de una biblioteca. Es todo lo contrario: fruto de muchos sudores, de largas correrías por toda la geografía de Mallorca y de prolijas observaciones llevadas a cabo directamente sobre los monumentos. Tras dos capítulos que tienden a exponer la situación del tema, objeto de estudio, en el momento actual, ofrecemos una especie de «corpus» de las cuevas artificiales de enterramiento de la isla. A éste sigue, como complemento, un corto número de cuevas naturales sin duda coetáneas e igualmente de enterramiento, y dos apartados más con la descripción de una serie de cuevas artificiales y naturales tradicionalmente consideradas como de habitación. Huelga decir que la parte principal de nuestro esfuerzo ha sido dirigido a conseguir el «corpus» de las cuevas

artificiales de enterramiento, el cual, mal que nos pese, no hemos podido lograr que fuese del todo exhaustivo.

Aunque existe alguna bibliografía sobre el tema, la casi totalidad del material que aportamos es inédito y de primera mano. Los trabajos publicados hasta hoy, excepción hecha de tres o cuatro monografías muy sencillas y breves, lejos de constituir una ayuda, no sirven más que para sembrar confusión y dudas. Una utilidad, sin embargo, han reportado, y ha sido la de procurarnos la referencia de muchas estaciones que, de otra manera, nos hubiera sido muy dificultoso llegar a conocer. Hemos tenido que levantar por nuestra propia mano las plantas y secciones de la mayoría de cuevas que vienen aquí recogidas, por resultar inexactas o idealizadas muchas de las que figuran en publicaciones anteriores. Una por una las hemos numerado, siguiendo como criterio un orden geográfico, a partir desde Palma, la capital, avanzando por la costa sur y oriental, y luego recorriendo las regiones del centro. Dentro de este circuito hemos procedido por grupos comarcales y en su descripción hemos tenido particular interés en hacer resaltar los pormenores estructurales que ostenta cada monumento, ya que son ellos los que configuran la auténtica fisonomía de la cultura balear. Hemos adjudicado, además, una cifra romana a cada una de las cuevas artificiales de enterramiento, reservando para las restantes, sean naturales de enterramiento o artificiales y naturales de habitación, la numeración árabe.

Mas, para impedir que nuestro estudio quedara manco, limitado solamente al aspecto arquitectónico de las cuevas artificiales, hemos añadido el catálogo de la mayor parte de los materiales arqueológicos que de cuevas artificiales y naturales de habitación y de enterramiento se conservan en los distintos museos y colecciones particulares. La lista resulta relativamente extensa, a pesar de que, por causas que no es del caso explicar aquí, pocas veces es consignataria de todo el ajuar que inicialmente proporcionó cada yacimiento. Esto no obstante, la perspectiva general que se desprende de la consideración de la cantidad y variedad de los materiales es lo suficientemente rica en matices para permitir una cabal idea del panorama

cultural en que se desenvolvía aquel pequeño mundo insular balearico.

Al capítulo del inventario sigue otro de análisis tipológico de las cuevas, el cual nos ha permitido descubrir por primera vez una sucesión de formas que van progresivamente de lo más simple a lo más complejo, y, aparte de proporcionar como primera ventaja la posibilidad de una futura constatación sistemática en relación con otros círculos de estaciones extrabaleáricas, puede ordenarse entre sí con una cronología relativa bastante segura.

El subsiguiente estudio tipológico de los ajuares, que luego se añade a modo de complemento de la tipología de las cuevas, ha revelado como principal novedad la existencia de una talla de sílex que hasta ahora había pasado casi inadvertida, la cual parece retrollevar los comienzos de la cultura balear hasta el pleno eneolítico. Además, este ejercicio de análisis tipológico, hecho por partes sobre cada especie material, nos ha brindado la oportunidad de llevar a cabo una clasificación de todo el complejo cerámico, reduciéndolo a una serie de nueve formas fundamentales, cuyos perfiles considerados en sí constituyen un elemento diferenciador bastante preciso y capaz de ser utilizado como criterio para identificar cualquier yacimiento perteneciente a este primer periodo prehistórico.

A continuación cotejamos los datos derivados de la morfología de las cuevas artificiales con los deducidos de los ajuares e intentamos fundamentar sobre esta doble base una secuencia cultural que pueda ser situada en su correspondiente marco cronológico dentro del ambiente megalítico del Mediterráneo.

Finalmente cerramos el trabajo con una serie de apéndices, que tienen el valor de reunir en paradigmas los principales rasgos que acerca de las cuevas y materiales puedan interesar para una visión global del tema o para estudios de comparación y de estadística.

Pero no podía faltar en un trabajo como éste, de índole marcadamente descriptiva, una parte de ilustración. Por esto, como supuesto y confirmación de todo cuanto hemos expuesto, insertamos gran cantidad de dibujos y láminas que reproducen las plantas

de los hipogeos descritos y los materiales más expresivos que han proporcionado los distintos yacimientos.

Reconocemos que el tema, tan cariñosamente tratado por nosotros, no queda agotado con nuestra modesta aportación; antes al contrario, sabemos muy bien que restan muchas lagunas que llenar, muchas estaciones que explorar y muchos materiales que descubrir. Es posible que a la luz de futuros hallazgos o de mejores estudios, al cabo de unos años, nuestras deducciones actuales resulten equivocadas o necesitan de rectificación. Desde ahora estamos dispuestos a enmendar nuestros yerros y, lejos de sentirnos contrariados, quedaremos satisfechos si en el alumbramiento de la verdad y en el mejor conocimiento de nuestra prehistoria balear algo han podido contribuir nuestros aciertos o nuestros fallos.

Y después de estas breves palabras de introducción, no queremos terminar sin rendir nuestra más sincera gratitud a tantas personas amigas que han hecho viable la realización de nuestro cometido. En

primer lugar, por deber de justicia, de veneración y de simpatía nos sentimos obligados a dejar constancia de la amplia ayuda moral y científica que en todo momento hemos recibido de nuestro querido profesor Martín Almagro, mentor y guía de esta tesis. A él se debe en buena parte el estímulo constante que nos ha alentado a lo largo de más de cinco años de búsquedas y correrías, y gracias a sus desvelos podemos hoy ver coronados nuestros afanes.

También nos sentimos deudores de eterna gratitud para con todos los superiores, que siempre nos han apoyado con la fuerza de su autoridad y su amplia comprensión. Igualmente expresamos nuestro profundo reconocimiento a los señores Font Obrador, Mascaró Pasarius, J. Lliteras, M. Servera, F. Barceló, L. Garcías y a nuestros alumnos del curso de Historia de 1963, por su valiosa y desinteresada prestación. En particular agradecemos al P. F. Allende su colaboración en la ilustración de las láminas que acompañan nuestro estudio, avalándolo y enriqueciéndolo.

Santuario de Lluc, 1965.